

El Corsario Negro

Emilio Salgari



TUS LIBROS
SELECCIÓN

ANAYA

Primera parte

Los filibusteros de la Tortuga¹

Una voz recia, de metálica vibración, se elevó sobre el mar y retumbó entre las tinieblas, profiriendo estas palabras amenazadoras:

—¡Alto a los del bote! ¡Alto, o vais al fondo del mar!

La pequeña embarcación que, tripulada solo por dos hombres, avanzaba fatigosamente sobre las olas de color tinta y huía de la escarpada orilla que se perfilaba confusamente en la línea del horizonte, como si de ella esperara un grave peligro, se había detenido bruscamente. Los dos marineros, que habían apartado los remos con violencia, se levantaron de un salto, mirando al frente con inquietud y deteniendo la mirada en una gran sombra que parecía haber emergido repentinamente de las olas.

Tenían unos cuarenta años y sus facciones eran enérgicas y angulosas; sus barbas pobladas e hirsutas, que nunca habían conocido el peine ni el cepillo, daban a ambos marineros un feroz aspecto.

Dos amplios sombreros de fieltro llenos de agujeros y con las alas desgarradas cubrían sus cabezas;

Escarpada: Que tiene escarpa o gran pendiente.

Hirsuta: De pelo áspero, duro y tieso.

Fieltro: Tela hecha de borra, lana o pelo conglomerado, que se obtiene por prensado.

¹ Isla de la república de Haití, separada de su litoral norte por el canal de la Tortuga. Colonizada por los españoles, tras ser visitada en 1565 por el pirata y almirante inglés John Hawkins (1532-1595), fue la principal base de los bucaneros franceses en las Antillas. En 1625, tras el gobierno del filibustero Le Vasseur, pasó a depender del gobierno de París, pero los españoles se apoderaron de ella, por breves meses, en 1638, reanudándose después las actividades de los filibusteros en las Antillas. La isla fue nuevamente ocupada por los españoles (1654-1659) y finalmente colonizada por los franceses. Respecto al término filibustero, aprovechamos para aclarar aquí que, según el DRAE, pirata es la persona que junto con otras de igual condición, se dedica al abordaje de barcos en el mar para robar. A partir del siglo xvi, algunos lo harían con autorización del gobierno, los llamados corsarios; los filibusteros eran grupos de piratas que, en el siglo xvii, actuaban en el mar de las Antillas; y los bucaneros, los que en los siglos xvi y xviii se dedicaban al saqueo de las posesiones españolas de ultramar.



Franela: Tela fina de lana o de algodón, de tacto vellosito y suave por estar cardada por una de sus caras.

Calzón: Prenda de vestir con dos perneras, que cubre el cuerpo desde la cintura hasta una altura variable de los muslos.

Refulgir:
Resplandecer.

camisas de franela hechas jirones, descoloridas y sin mangas, tapaban a duras penas el robusto pecho, e iban ceñidas al talle por fajas rojas, en lamentable estado, que sujetaban dos de aquellas pistolas grandes y pesadas que se empleaban a finales del siglo xvi. También los cortos calzones estaban destrozados y las piernas y los pies, descalzos, cubiertos de lodo negro.

Aquellos dos hombres, que podrían confundirse con dos fugitivos de alguna cárcel del golfo de México si en aquella época hubieran existido las prisiones que se fundaron más tarde en las Guayanas², al ver aquella gran sombra que emergía nítidamente sobre el fondo azul intenso del horizonte, entre el refulgir de las estrellas, se intercambiaron una mirada inquieta.

—Echa una ojeada, Carmaux —dijo el que parecía más joven—. Fíjate bien, tú que tienes la vista más aguda que yo. Ya sabes que es cuestión de vida o muerte.

—Es un navío y, aunque solo está a tres tiros de pistola, no sabría decir si viene de la Tortuga o de las colonias españolas.

—¿Serán amigos?... ¡Hum! ¡Tener la osadía de llegar hasta aquí, casi bajo los cañones de los fuertes, con el peligro de encontrar alguna escuadra de barcos, de esas que escoltan a los navíos llenos de oro!

—Sea como sea nos han visto, Wan Stiller, y no nos dejarán escapar. Si lo intentáramos, bastaría un golpe de artillería para mandarnos a los dos al infierno.

La misma voz de antes, potente y sonora, retumbó por segunda vez entre las tinieblas, perdiéndose en la lejanía de las aguas del golfo.

—¿Quién vive?

—El diablo —farfulló uno de los hombres, llamado Wan Stiller.

² Efectivamente, en 1885, en la Guayana Francesa, Francia estableció una terrible colonia penal, una de cuyas islas se llama Isla del Diablo, nombre con el que se acabó conociendo dicha colonia de la que se decía que era imposible escapar. Por otro lado, se llama Guayanas a una región situada en el nordeste de América del Sur y que comprende: la Guayana Francesa (departamento marítimo de Francia), Surinam, Guayana (antigua Guayana Británica) y parte de Venezuela y de Brasil.



En cambio su compañero se subió al banco y, con toda la fuerza de su voz, gritó:

—¿Quién es el osado que quiere saber de qué país venimos?... Si la curiosidad lo devora, que venga aquí y se la arrancaremos a pistoletazos.

Parecía que aquella fanfarronada, más que irritar, había alegrado al hombre que interrogaba desde el puente del barco, ya que respondió:

—¡Que avancen los valientes y vengan a abrazar a los Hermanos de la Costa!³

Los dos hombres lanzaron un grito de alegría.

—¡Los Hermanos de la Costa! —exclamaron. Después, el otro hombre, llamado Carmaux, añadió:

—Que me trague el mar si no he reconocido la voz que nos ha dado esta buena noticia.

—¿Quién crees que es? —preguntó su compañero, que había vuelto a tomar el remo con gran vigor.

—Solamente un hombre, entre todos los valientes de la Tortuga, puede tener el atrevimiento de llegar tan cerca de los fuertes españoles.

—¿Quién?

—El Corsario Negro.

—¡Truenos de Hamburgo!⁴... ¡Él! ¡Nada más y nada menos!

—¡Qué triste noticia la muerte de aquel audaz marino! —murmuró.

Carmaux con un suspiro.

—Tal vez el Corsario Negro esperaba llegar a tiempo para arrebatárselo con vida a los españoles. ¿No es así?

—Sí, Wan Stiller.

—¡Ya es el segundo hermano que muere en la horca!

—Sí, el segundo. Dos hermanos, ¡y los dos colgados de la horca infame!

Puente: Plataforma con barandilla en la cubierta de un barco.

Infame: Que es malvado y carece de honra, crédito y estimación.

³ La Cofradía de los Hermanos de la Costa empezó a funcionar a partir de la expulsión de los bucaneros de La Española (actuales Cuba y Santo Domingo) en 1620. Tenía sus propias normas no escritas, una especie de pacto general al que todos se sometían. Salgari explica en el capítulo XV («El filibusterismo») por qué los filibusteros de la Tortuga recibían esta denominación.

⁴ Esta exclamación, que el personaje repite continuamente a lo largo de la novela, se debe a su origen: Wan Stiller había nacido en Hamburgo.



—Se vengará, Carmaux.

—Así lo creo y nosotros estaremos con él. El día que vea estrangulado a ese maldito gobernador de Maracaibo⁵ será el más feliz de mi vida, y por fin sabré en qué emplear las dos esmeraldas que tengo cosidas a mis pantalones. Por ellas me darán al menos mil piastras que nos gastaremos con nuestros camaradas.

—¡Ah!... ¡Hemos llegado! Ya te lo decía yo: ¡es la nave del Corsario Negro!

El navío, que antes no se distinguía bien a causa de la profunda oscuridad, ahora solo se encontraba a sesenta brazas del pequeño bote.

Era uno de esos barcos piratas empleados por los filibusteros de la Tortuga para dar alcance a los grandes galeones españoles, que llevan a Europa los tesoros de América Central, de México y de las regiones ecuatoriales. Buenos veleros, estaban dotados de una alta arboladura para aprovechar las brisas más ligeras, de un casco estrecho, una proa y una popa muy altas según la costumbre de aquella época. Iban formidablemente armados.

Doce bocas de fuego, doce cañones, asomaban desde las troneras sus negras gargantas amenazando a babor y a estribor, mientras sobre el alto alcázar descollaban otros dos morteros destinados a barrer los puentes a golpes de proyectil.

El barco pirata se había puesto al paio para esperar al bote, pero a proa se veían, a la luz de un fanal, diez o doce hombres armados con fusiles que parecían preparados para abrir fuego a la más mínima sospecha.

Cuando los dos marineros llegaron bajo la borda del velero, agarraron una soga que les habían lanzado junto a una escala, aseguraron la embarcación, retiraron los remos y se encaramaron a la cubierta con una agilidad sorprendente.

Dos hombres armados les apuntaron con sus fusiles, mientras un tercero se acercaba proyectando sobre los recién llegados la luz de un fanal.

Piastra: Moneda de plata.

Braza: Medida de longitud, usada en la marina, equivale a 1,6718 m.

Galeón: Barco de gran tonelaje, más corto y ancho que una galera, con velas de cruz.

Arboladura: Conjunto de mástiles y velas.

Casco: Armazón de una embarcación.

Proa: Parte delantera de las naves.

Popa: Parte posterior de las naves.

Troneras: Agujeros redondos abiertos en los costados de los barcos.

Babor: Lado izquierdo de un barco, mirando de popa a proa.

Estribor: Lado derecho de un barco, mirando de popa a proa.

Alcázar: Espacio de la cubierta superior que va desde el palo mayor hasta la popa.

Mortero: Arma de artillería que lanza proyectiles pesados a distancias cortas.

Poner al paio: Dejar quieta la nave.

Fanal: Farol para hacer señales en la cubierta.

⁵ Ciudad de Venezuela, en el estado de Zulúa, a orillas del lago homónimo.



—¿Quiénes sois? —les preguntó.

—¡Por Belcebú! —exclamó Carmaux—. ¿Ya no se reconoce a los amigos?

—¡Que un tiburón me devore si este no es el vizcaíno Carmaux! —gritó el hombre del fanal—. ¿Así que estás vivo? En la Tortuga se te daba por muerto... ¡Anda!... ¡Otro resucitado!... ¿No eres tú el hamburgués Wan Stiller?

—En carne y hueso —respondió.

—¿También tú te has escapado de la soga?

—Pues sí... La muerte no me quería y he pensado que era mejor vivir todavía algún año más.

—¿Y el capitán?

—Silencio —dijo Carmaux.

—Puedes hablar: ¿Ha muerto?

—¡Bandada de cuervos! ¿Habéis terminado de graznar? —gritó la voz metálica que había amenazado anteriormente a los hombres del bote.

—¡Truenos de Hamburgo! ¡El Corsario Negro! —murmuró Wan Stiller, sintiendo un escalofrío. Carmaux, alzando la voz, respondió:

—Aquí estamos, comandante.

Un hombre había bajado del puente de mando y se dirigía hacia ellos, con una mano posada en la culata de una pistola que pendía de su cintura.

Iba íntegramente vestido de negro, con una elegancia que no era habitual entre los filibusteros del golfo de México, hombres que se preocupaban más por sus armas que por su indumentaria y se conformaban con un par de calzones y una camisa. Llevaba una rica casaca de seda negra, con bordados y solapas de piel del mismo color; calzones, también de seda negra, ajustados por una ancha faja, botas altas de montar y un gran sombrero de fieltro con una larga pluma negra que le llegaba hasta los hombros.

El aspecto de aquel hombre tenía, como su indumentaria, algo de fúnebre, con aquel rostro pálido, casi marmóreo, de barba negra, a la nazarena y rizada, que contrastaba con los encajes negros del cuello y las anchas alas del sombrero. Sin embargo, sus facciones eran

Casaca: Abrigo ajustado al cuerpo, largo y con faldones, generalmente de color vivo y adornado con pasamanería y bordados.

Barba nazarena: Barba larga, sin recortar.



bellísimas: la nariz recta, los labios pequeños y rojos como el coral, una frente amplia surcada por un pliegue sutil, que daba a aquel rostro una pincelada de melancolía; los ojos negros como el carbón, de líneas perfectas y largas pestañas, tan expresivos y relampagueantes que en ciertos momentos debían asustar a los más intrépidos filibusteros del golfo.

Su elevada estatura, su esbeltez, su porte elegante, sus manos aristocráticas daban a entender que se trataba de un hombre de alta condición social, acostumbrado al mando.

Los dos marineros del bote, al ver que se acercaba, se miraron con cierta inquietud, murmurando: «¡El Corsario Negro!».

—¿Quiénes sois vosotros y de dónde venís? —preguntó el Corsario, deteniéndose ante ellos y manteniendo siempre la mano derecha sobre la culata de la pistola.

—Somos dos filibusteros de la Tortuga, dos Hermanos de la Costa —respondió Carmaux.

—¿De dónde venís?

—De Maracaibo.

—¿Habéis escapado de los españoles?

—Sí, comandante.

—¿En qué barco navegabais?

—En el barco del Corsario Rojo.

El Corsario Negro, al oír estas palabras, se estremeció; después permaneció un instante en silencio, mirando a los dos filibusteros con ojos relampagueantes.

—En el barco de mi hermano —dijo, con voz temblorosa. Bruscamente aferró de un brazo a Carmaux y, casi a rastras, lo condujo a popa. Cuando llegaron al puente de mando, levantó la mirada hacia un hombre que estaba allí encaramado como si esperara alguna orden y le dijo:

—Seguid navegando hacia alta mar, Morgan; que los hombres permanezcan en sus puestos y los artilleros con las mechas preparadas. Tenedme al corriente de todo cuanto suceda.

—Sí, comandante —respondió—. No se acercará ninguna nave sin que seáis advertido.

Culata: Parte posterior de la caja de un fusil u otra arma de fuego similar, que sirve para sujetarla con la mano o apoyarla contra el hombro cuando se dispara con ella.

Mecha: Cordón de hilos retorcidos de material combustible que sirve para encender o alumbrar.



El Corsario Negro bajó al camarote de popa llevando a Carmaux de un brazo, y entró en un pequeño habitáculo amueblado con elegancia e iluminado por una lámpara dorada, si bien, a bordo de las naves filibusteras, estaba prohibido encender luz alguna después de las nueve de la noche. Ofreciendo una silla a Carmaux le dijo con brevedad:

—Ahora, habla.

—Estoy a vuestras órdenes, comandante.

En vez de interrogarlo, el Corsario Negro lo miraba fijamente, con los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba más pálido de lo habitual, casi lívido, y su tórax se dilataba entre frecuentes suspiros. Dos veces había despegado los labios, como si quisiera hablar, pero después los había vuelto a cerrar, temeroso de formular una pregunta cuya respuesta era seguramente terrible. Por fin, haciendo un esfuerzo, preguntó con voz sorda:

—¿Lo han matado, verdad?

—¿A quién?

—A mi hermano, al que llamaban Corsario Rojo.

—Sí, comandante —respondió Carmaux con un suspiro—. Lo han matado como a vuestro otro hermano, el Corsario Verde.

Un grito ronco, que tenía algo de salvaje y de desgarrador, salió de los labios del Corsario Negro. Carmaux lo vio palidecer de una forma aterradora y llevarse una mano al corazón. Después se dejó caer sobre una silla, ocultando el rostro bajo el ala del sombrero. Permaneció en aquella postura durante algunos minutos, durante los cuales el marinero del bote lo oyó sollozar; después se levantó repentinamente, como si se avergonzara de aquel acto de debilidad. La tremenda emoción que lo había invadido desapareció completamente; con el rostro tranquilo y la frente serena, ya parecía haber recuperado el color, pero había en su mirada un brillo tan siniestro que atemorizaba. Dio dos vueltas por el camarote, como si quisiera tranquilizarse completamente antes de continuar el diálogo, y volvió a sentarse, diciendo:

Sorda: Dicho de la voz; que suena poco o sin timbre claro.



—Temía llegar demasiado tarde, pero me queda la venganza. ¿Lo han fusilado?

—Ahorcado, señor.

—¿Estás seguro?

—Lo he visto con mis propios ojos colgando de la horca que han levantado en la *plaza de Granada*⁶.

—¿Cuándo lo han ejecutado?

—Hoy, después del mediodía.

—¿Ha muerto... ?

—Como un valiente, señor. El Corsario Rojo no podía morir de otro modo, es más...

—Continúa.

—Con la soga al cuello, tuvo todavía el coraje de escupir en la cara al gobernador.

—¿A ese perro de Wan Guld?

—Sí, al duque flamenco.

—¿Otra vez él! ¡Siempre Wan Guld! ¡Me las tiene juradas! Un hermano asesinado a traición y otros dos ahorcados...

—Eran los dos corsarios más audaces del golfo, señor; es natural que los odiase.

—¡Pero me queda la venganza!... —gritó el filibustero con voz aterradora—. No, no moriré sin haber exterminado antes a Wan Guld y a toda su familia, y sin haber incendiado la ciudad que gobierna. Maracaibo, tú me has sido fatal, ¡pero yo seré fatal para ti! ¡Aunque tuviera que llamar a todos los filibusteros de la Tortuga y a todos los bucaneros de Cuba y Santo Domingo, no dejaré piedra sobre piedra! Ahora habla, amigo mío. Cuéntamelo todo. ¿Cómo os han capturado?

—No nos han apresado por la fuerza de las armas, comandante, sino que nos han sorprendido a traición, cuando estábamos desarmados. Como ya sabiais, vuestro hermano se había dirigido a Maracaibo para vengar

Flamenco: Natural de Flandes, región del norte de Europa, o a sus habitantes.

⁶ En español en el original. Tenga en cuenta el lector que todas las palabras que aparecen en cursiva —salvo excepciones como el nombre del barco del Corsario Negro, el *Rayo*, y los nombres científicos de algunos animales y plantas— figuran así, en español, en el original italiano, si bien la grafía de algunas de ellas es incorrecta; valga como botón de muestra: *navaje* (navajas), *xeres* (jerez), *carrai* (caray) y *jacaré* (yacaré).



la muerte del Corsario Verde, tras haber jurado como vosotros que ahorcaría al duque flamenco. Éramos ochenta, todos resueltos y preparados para cualquier eventualidad, incluso para enfrentarnos a un escuadrón; pero no habíamos contado con el mal tiempo. Al entrar en el golfo de Maracaibo nos sorprendió un tremendo huracán que nos arrastró hacia unos bajíos, y las furiosas olas destrozaron nuestra nave. Solo veintiséis hombres, después de infinitas fatigas, lograron alcanzar la costa. Estábamos todos en condiciones deplorables, desprovistos de cualquier tipo de arma e incapaces de oponer la más mínima resistencia. Vuestro hermano nos infundió valor y nos condujo lentamente a través de los pantanos, por temor a que los españoles nos descubrieran y comenzaran a perseguirnos. Esperábamos encontrar un refugio seguro en la tupida selva, pero fuimos víctimas de una emboscada: nos cayeron encima trescientos españoles, capitaneados por Wan Guld en persona. Nos cerraron el paso tendiéndonos un cerco infranqueable, mataron a los que opusieron resistencia y, haciéndonos prisioneros, nos condujeron a Maracaibo.

—¿Y mi hermano estaba entre vosotros?

—Sí, comandante. Aunque el puñal era su única arma, se defendió como un león. Habría preferido morir en el campo de batalla antes que en la horca, pero el duque flamenco lo había reconocido y, en vez de matarlo de un disparo o con la espada, se lo reservó para otro momento. Arrastrados hasta Maracaibo fuimos condenados a la horca, después de haber sido maltratados por todos los soldados e injuriados por la población. Pero Wan Stiller y yo hemos sido más afortunados que nuestros compañeros, pues conseguimos huir ayer por la mañana después de estrangular a nuestro centinela. Nos refugiarnos en la cabaña de un indio, desde la cual asistimos a la ejecución de vuestro hermano y de sus valientes filibusteros. Al anoecer, con la ayuda de un negro, nos embarcamos en un bote, decididos a atravesar el golfo de México y llegar a la Tortuga. Eso es todo, comandante.

Bajío: En los mares, ríos y lagos navegables, elevación del fondo que impide flotar a las embarcaciones.



—¡Y mi hermano ha muerto! —dijo el Corsario con una calma terrible.

—Lo he visto como ahora os estoy viendo.

—¿Seguirá todavía colgado de la horca infame?

—Lo estará durante tres días.

—Y después lo arrojarán a alguna fosa.

—Así es, comandante.

El Corsario se alzó bruscamente y se acercó al filibustero.

—¿Tienes miedo?... —le preguntó con voz extraña.

—Ni siquiera de Belcebú, comandante.

—Luego ¿no temes a la muerte?

—No.

—¿Me seguirías?

—¿Adónde?

—A Maracaibo.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Vamos a asaltar la ciudad?

—No, por ahora no tenemos hombres suficientes, pero Wan Guld recibirá noticias mías más adelante. Iremos nosotros dos y tu compañero.

—¿Solos? —preguntó Carmaux con sorpresa.

—Solos.

—Pero ¿qué pretendéis?

—Recuperar el cuerpo de mi hermano.

—¡Tened cuidado, comandante! Corréis el peligro de caer prisionero.

—¿Tú sabes quién es el Corsario Negro?

—¡Rayos y truenos! Es el filibustero más audaz de la Tortuga.

—Ve a esperarme al puente y manda que preparen una chalupa.

—No hace falta, capitán. Tenemos nuestro bote, que es un auténtico barco pirata.

—¡Adelante!

Chalupa: Barco pequeño, especie de lancha.